

Isabel Valverde

Desde el otro lado

Desde el otro lado

Isabel Valverde Virseda

Desde el otro lado

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 DESDE EL OTRO LADO
© Isabel Valverde Vírseda
virsedaval@yahoo.es
© Editorial Vision Libros
Calle San Benito, 21, Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9011-312-7

Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño de la cubierta: Daniel Pinillos Valverde
dpinillosv@yahoo.com

Disponible en papel y ebook
www.vnetdistribuciones .com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

Este libro es un homenaje a la memoria de mi padre.
También se lo dedico a mis hijos Daniel e Ignacio,
para que permanezcan unidos.

Nota de la autora

Según asegura mi gran amigo y mejor escritor Alexander Prieto Osorno, mi bagaje literario tiene la entidad suficiente para que este, mi último trabajo, no precise ser prologado por nadie.

No estoy segura de dar por buenas sus elogiosas palabras al respecto, pero aún así, me atrevo a ser yo misma la que presente mi nueva novela: Desde el otro lado*, que ha sido escrita desde la necesidad personal de mirar a las estrellas y contarle a mi padre, todo lo que recuerdo, lo que me sorprende y cuanto imagino en este afán mío por narrar historias.*

Para comunicarme con él me he servido de su viejo teléfono: una reliquia para el recuerdo, un teléfono para la eternidad.

Espero que os guste:

Isabel Valverde Vírseda

Introducción

—Inés, Inés, hija.
—¿Papá?

Interferencias, y se corta la comunicación.

Una llamada telefónica excesivamente breve, nada sorprendente si no fuera porque se produce unas horas después de la muerte de mi padre.

El teléfono

De aquella llamada hace ahora quince años. Nadie, ni mi hermana Irene, ha creído nunca que aquel hecho paranormal se produjera, a pesar de mi insistencia por mostrar el más absoluto convencimiento de que fue real.

El teléfono negro, acharolado, con su disco de porcelana blanca y los números de azul brillante; aquel aparato, ha dejado de ser una presencia inquietante y un testigo del regalo póstumo que me hizo mi padre, para cobrar el valor de un preciado objeto decorativo que forma parte de mis pertenencias más entrañables.

Hace apenas unas noches tuve un sueño clarificador: el teléfono sonaba. Desperté con un sobresalto. Me levanté temerosa y, encendiendo todas las luces a mi paso, llegué al salón donde reinaba el más denso de los silencios. Me armé de valor y, venciendo el temblor de mi mano, descolgué el teléfono: un aparato sin cables, inservible y mudo. Lo acerqué a mi oído y escuche, por toda respuesta, los galopantes latidos de mi propio corazón.

Regresé a la cama aceleradamente.

Me fue imposible conciliar el sueño: un insomnio lúcido, apoderándose de las horas que le restaban a la noche, me hizo concebir una idea: responder a las llamadas, contarle a mi padre todo lo que ha ocurrido desde que se fue; son tantas las cosas que han cambiado en mi vida, en el país, y en el mundo, desde entonces, y me gustaría tanto hacérselas saber…

Tal vez, la solución esté en ese viejo teléfono, un teléfono para la eternidad.

Septiembre

Han pasado quince años desde entonces. Se fueron los padres, *dejaron de ser luz para llamarse tiempo,* como dijo el poeta, y su ausencia, plagada de huellas, fue absorbida por el torbellino de cuantos acontecimientos se han sucedido en mi vida: cumpleaños, sarampiones, reyes magos, lágrimas, olvidos y llantos; sorpresas y alegrías, sin orden ni concierto; atardeceres, páginas, muchas páginas escritas y leídas; desengaños, abriles y septiembres, otros funerales y… sus muertes.

Amanece un día gris. Ayer lucía un sol espléndido. La ventana, que ha estado abierta toda la noche, deja pasar un viento que no trae nada de cálido. Un escalofrío. Me cubro con las sábanas y cierro apretados los ojos. Sueño despierta, como tantas veces: la desbandada de hojas verdes y el teñirse de amarillo, cargadas de tiempo, hojas de otoño. Uvas maduras que no están en sus parras, pies descalzos las están pisando, y un río de líquido divino siento correr por mis venas, embriagando. El cielo, azul marino, no recuerda que palidecerá con el alba. Un clamor de besos me cubre, como un presagio. Septiembre, contradictorio septiembre…

En la noche los pensamientos parecen inmensos. Y el despertar me trae consigo la difícil tarea de reconstruir mis sueños, los que tuve mientras dormía, los que tienen impresa la clave de mi personalidad.

He capturado uno de esos sueños, es recurrente: en él aparece insistentemente mi padre, no le veo, pero sé que es él, y no puedo descifrar su mensaje.

Recuerdo la adicción que tenía mi padre al teléfono. En ocasiones, su imagen se me presenta asociada a ese aparato milagroso que reduce las distancias. Y la casa familiar con teléfono en todas las habitaciones. No creo, en absoluto, que los genes determinen la inclinación al uso o abuso de un determinado utensilio, más o menos práctico; pero el haber presenciado desde niña millones de llamadas telefónicas, y el tener acostumbrado el oído a los variados timbres que rompían el silencio, indudablemente, ha influido en mi costumbre de conversar con un teléfono de por medio.

El caso es que hoy, precisamente hoy, he sentido un impulso, apenas fracciones de un segundo, como en los sueños, donde el tiempo no tiene medida y ocurre un mundo en el más ínfimo periodo de existencia; un impulso que acerca mi mano al teléfono y mi propia voz en *off*: papá, ¿estás ahí? Inmediatamente, marcando ya el tiempo del reloj, el desencanto: allí donde él esté, no hay teléfonos.

Una necesidad de contarle esas cosas que han pasado desde que él ya no está, y muchas más desde que se fue ella; una inevitable urgencia de tener un teléfono para la eternidad, me sorprende y me desengaña, y me deja sumida en una orfandad sin paliativos.

Me pregunto si porque todo nos deja y algo se queda, si porque las ausencias ocupan demasiado espacio en nuestra existencia, y porque no permitiré que mueran mis recuerdos, o sí por la necesidad que siempre he tenido de compartir mis euforias y mis congojas; sí por todo ello y mucho más, hoy tengo ganas de hablar con él; con él, porque ella se fue hace tanto, tanto tiempo, que no sé el tono que debo imprimir a mis palabras para dirigirme a ella. ¿Cómo se le habla a una estrella?, tan lejos, tan lejos, en la eternidad…

Te llamo

Papá ¿cómo estás?

No es necesaria una respuesta. Necesito creer que puedes oírme. Creo que si deseas mucho, mucho, algo, puede ocurrir, aunque sea en otra dimensión; y cuando no, el poder de la imaginación puede suplir las ausencias.

No creas que es la primera vez que te dirijo mis pensamientos, aunque sí es la primera vez que te llamo y te hablo, a tu manera. Dicen que hay otras formas, esotéricas, de hacerlo, en las que no creo; además, la idea de pensar en ti como en un fantasma me avergüenza.

Te he recordado cada día, especialmente al caer la tarde, cuando todo se hace más enorme y cuando baja el ritmo trepidante de los quehaceres cotidianos o, por el contrario, cuando me ocupa el cansancio que produce el hecho placentero de divertirme porque he salido y llego a casa exhausta.

Por otro lado, raro es el día que, al acostarme, no haga recuento mental de dónde y en quiénes tengo puesto mis amores, paso lista y no todos están presentes: unos lejos pero cerca, otros a mi lado, lejos, algunos desaparecidos, y vosotros…

Papá, ¿estás con ella?

Tal vez ni siquiera tú estés, como quiero creer, al otro lado de la línea, aunque haya decidido que eres capaz de descolgar un teléfono cuyo número no tiene cifras.

He olvidado la expresión de su cara, esa que las fotografías no captan. No recuerdo cómo sonaba su voz y no sé si es el tiempo o una desconsideración por mi parte tratándose, como se trata, de mi madre.

¿Qué tal por ahí?

Por aquí hoy llueve. El otoño se estrena lloviendo y ya sabes cómo afectan a mi ánimo estos días. Heredé de ti esa predisposición a la melancolía: como tú, vine al mundo en otoño y, eso, imprime carácter, pero, afortunadamente, no todo es blanco o es negro. Aprendí de ella

la alegría por las cosas pequeñas y asimilé ese sentido del humor que marcaba su inteligencia. Reír y llorar. Jugar la vida con las dos caras de una misma moneda.

Hoy llueve, mañana brillará el sol.

¿Recuerdas, papá, el empeño que pusiste en llevar la línea telefónica a la casa de la sierra?, ¿y aquél teléfono negro, con el disco giratorio? Hoy es una reliquia que fue sustituida por otro modelo llamado góndola. No has sido testigo de la evolución de esos aparatos: del góndola se pasó a otros diseños más sofisticados, y después a los inalámbricos con alcance suficiente para movernos por toda la casa; pero no paró ahí el avance: hoy, todos, hasta los niños, tenemos un móvil. Ya no son necesarias las cabinas ni los teléfonos públicos en las calles. El móvil se ha convertido en un artículo de necesidad, tanto que si, en alguna ocasión al salir de casa, con las prisas, lo he dejado olvidado, de la misma manera que las llaves del coche, las gafas o la cartera, he vuelto sobre mis pasos para buscarlo. Qué son unos minutos perdidos a cambio de la tranquilidad que me aporta, no tanto estar yo localizada como que lo estén los que me importan.

Pero, para sorprenderte de verdad, ha habido otros cambios que me atañen de un modo más directo, y novedades, muchas novedades…

Espero que tu capacidad para disgustarte también haya cambiado considerablemente. Es posible que lo que voy a decirte se quede en una simple anécdota, como una diminuta partícula de polvo de estrellas, por las esferas en las que, supongo, te mueves ahora.

No me andaré con rodeos: Mateo me ha dejado, fue así, de pronto, de la noche a la mañana.

Te cuento:

—Inés —me dijo—: tenemos que hablar.

—Tú dirás, ¿ha pasado algo? —le pregunté alarmada.

—Me marcho.

—¿Te marchas?, ¿adónde?, ¿otro congreso de Medicina?

Ya sabes que siempre estaba al tanto de cuantas novedades se dieran en Urología, su especialidad.

—Quiero decir —continuó—: me marcho para siempre.

—….

Me quedé sin palabras.

—Perdona que sea tan directo. Lo que voy a decirte es mejor hacerlo cuanto antes.

Mi silencio no era sordo ni ciego: tenía los oídos atentos y los ojos desmesuradamente abiertos; después, cuando continuó hablando, debí abrir también la boca:

—Me he enamorado de otra persona.

Le pregunté entonces quién era ella con toda la dignidad que me fue posible, y él dijo:

—Hugo, se llama Hugo.

Fuera lo que fuese, lo que yo contesté, no lo recuerdo. Conservo, eso sí, intacta, la sensación que me produjo su confesión: una mezcla de asombro, de incredulidad y de humillación al mismo tiempo.

También visualicé, de una manera involuntaria, como una imagen inoportuna que sorprende, por su tono jocoso en mitad de un dolor, al urólogo, mi marido, examinando, acaso con admiración, las partes íntimas masculinas de ese tal Hugo al que no le ponía cara.

Allí estaba yo, absolutamente perpleja y confundida, dolida hasta la médula, y con la autoestima pisoteada, pensando en la morbosa casualidad de que un urólogo se enamorase de un paciente a primera vista, nunca mejor dicho. Tal vez no fuese así, pero una de esas jugadas del inconsciente, al que reconozco a fuerza de trabajar con él, así me lo pintaba entonces.

De aquello han pasado ya tres años.

Cuando se relatan las desdichas, después de superadas, no tienen ya la fuerza del momento en que sucedieron; por eso faltarían detalles y matices si tratase de exponer la sucesión de acontecimientos que se dieron después de haberse pública la vida privada de mi marido.

Quizás no des crédito a que lo haya superado tan pronto, pero eso es lo cierto, y que no le guardo rencor y, para más, si te digo que empiezo a tener una buena amistad con Hugo. Resulta imposible ignorarle: tan culto, tan sensible y distinguido…

Ellos dos viven en pareja, ¿qué no es posible?, lo es, incluso podrían casarse: el Parlamento ha aprobado una ley por la que los homosexuales pueden contraer matrimonio.

¡Vivir para ver!

Te advierto que he llegado a la conclusión de que cada cual se case con quien quiera. Si en un principio estuve en contra de su unión fue

porque era una víctima directamente implicada. Después me convencí de que fuimos víctimas los dos: por un lado él, con su educación religiosa de niño bien, que le llevó a reprimir y ocultar su verdadera sexualidad para seguir el camino correcto. Por el otro lado, yo: tres cuartas partes de lo mismo, y esa falta de experiencia que me dejaba poco resquicio a imaginar lo que sería la vida de pareja. Qué sabía yo si aquel amor tan insulso y carente de pasión, que fue el nuestro, era lo que debía ser en el matrimonio. Y si mis sospechas, que las tenía, no eran sino que absurdos excesos propios de descarriadas. Lo cierto es que, bien por falta de conocimiento o porque me resigné a esa delicadeza que me mostraba Mateo, y que deduje sería producto del respeto que me profesaba, en nuestra intimidad faltó siempre la sal y la pimienta.

Esas circunstancias que, por cierto, no he ido pregonando por ahí, esas, y no mi benevolencia y buen conformar, como se me ha dicho tantas veces, fueron las que me asistieron, indudablemente, para asimilar el despropósito que vivimos.

Hoy puedo estar satisfecha de haber ayudado con mi comprensión a que Mateo consiga ser quien realmente es. En definitiva eso es amar a alguien.

He llegado a pensar que, quizás, esté a tiempo de recuperar esa otra vida que perdí por vivir con él.

El premio fueron ellos, los hijos: Carolina y Gabriel. En aquél momento me adjudiqué el papel de comunicarles yo misma que su querido papá tenía novio y que nos dejaba para irse con él. Ese era el mensaje que yo les tenía que trasladar a los niños, debidamente adornado, edulcorado y camuflado. Recuerdo que Gabi dijo: no jodas, eso fue lo que dijo, de lo que se deduce que fui más explícita de lo que pretendía ser. Carola no dijo nada. Después he pensado que ella, la niña, y no yo, la esposa agraviada, intuía algo y fue en ella más el dolor que la sorpresa.

Es hoy, cuando Mateo y Hugo forman parte de esta familia nuestra, partida en dos, tan progresista, y todavía Carolina no ha perdonado a su padre.

Querido papá, creo que por hoy es más que suficiente.

No dudes de que volveré a llamarte. Me he propuesto ponerte al día. Quizás esta decisión esté relacionada con mis deseos de comenzar

una vida nueva, y esa necesidad, que siempre tuve, de terminar lo que tengo entre manos antes de empezar con lo siguiente.

Terminar, en este caso, es una forma de expresar mi voluntad de comprender el pasado y sacar provecho de cuanto he vivido para evitar, en lo posible, volver a caer en los mismos errores.

No se trata de abandonar la teoría pasada de mi vida y la conformidad con las vidas que me rodean, se trata de acumular memorias para que no se dispersen con los años, para que el adormecimiento que surge después del dolor no haga mella en mi conciencia, y me sea posible tener experiencias nuevas con la energía de la primera vez.

No te digo, papá, que tú vayas a ser la excusa para mi propia terapia. Hablarte es afianzar mis raíces, sí, pero también profundizar en mis propias creencias.

Hoy, que resulta, en ocasiones, aconsejable mostrarse escépticos ante conceptos como son la comunicación con los espíritus e, incluso, con dogmas de fe de carácter religioso, como la vida eterna, yo, tocante a eso, me dejo llevar por la corriente. Nos movemos en un mundo donde las cosas que no son razonablemente demostrables se descartan por temor al ridículo o a parecer poco rigurosos. Mis argumentos a favor son poco sólidos y las dudas al respecto pertenecen a mi intimidad.

Sea como fuere o porque lo que se aprende de niños queda grabado en la piel, y porque tú me enseñaste a creer en los ángeles, quién puede negarme que no eres tú el que sopla a mi oído o quien remueve mi pelo con caricias de terciopelo, quien cuida de mí y quien, tal vez, lo sabes todo sin necesidad de que yo te lo cuente.

Más noticias

Tengo frente a mí el teléfono negro, que conservo con todo su brillo, sobre una estantería de mi cuarto de estar. Mantengo los ojos cerrados y puedo verte al otro lado del cable, y puedo oír el timbre de la llamada. Tengo en la memoria la imagen perfecta que lucías el día de mi boda. He borrado de mi mente tu semblante de despedida, cuando te acercaste a mi oído para susurrarme, con un hilo de voz, que te marchabas porque ella había venido a buscarte. Fue en aquel momento, la única vez que odie a mi madre. Creo que, de cierta manera, también odie al mundo entero por no haberse escandalizado con tu muerte.

Te fuiste, papá, no tuviste tiempo de vivir más, se gastó tu vida, y te quedaste con la ilusión de ver crecer a tus nietos, que eran tan niños entonces. Y por eso me han entrado ganas de contarte. No quiero que desaparezca entre la polvareda de tus pies al marcharte (como alguien dijo), el camino que recorrimos.

Si tuviese dudas de si me escuchas, me engañaría a mi misma para poder contarte el final del cuento.

¿Quieres saber de mi trabajo?

Siempre estuviste muy al tanto de eso en el caso de tus hijas. Te preocupabas más de mí que de Irene, mi hermana; decías que mi titulación en Psicología no me daría de comer. Era mucho más seguro estudiar Económicas, como Irene, para tener un buen puesto de trabajo, sin embargo respetabas mi decisión y sé que te sentías orgulloso de que tu hija pequeña se inclinara por lo que realmente deseaba y no por lo que pudiera ser más conveniente.

Pues tengo buenas noticias al respecto: sigo con el gabinete que abrimos Juan Diego y yo, tengo un espacio en la radio y colaboro con una revista escribiendo artículos con las últimas tendencias terapéuti-

cas y otras curiosidades en el ámbito de la Psicología. Como ves, puede decirse que te equivocabas; pero he de reconocer que mi estrella, sea cual sea, me acompaña. Tengo amigos del gremio a los que no les va tan bien, de hecho, esta profesión, que está basada en la presencia de lo ausente, no les da de comer.

Estoy orgullosa de no haber aceptado nunca la asignación que Mateo quería ingresar en mi cuenta: mi dignidad, tan machacada, y esa suerte estrellada de la que te hablaba, me lo impidieron. Sin embargo, sí me ha complacido que sea generoso con sus hijos, lo que ha permitido malcriarlos, como suele suceder en todos estos casos. En el nuestro, afortunadamente, no va más allá de la falta de experiencia que tienen tus nietos en cuanto a la necesidad de luchar para conseguir lo deseado: todo a pedir de boca. Si no fuera por el tope que me he visto obligada a poner cuando la esplendidez de Mateo encubría su mala conciencia, creo que a Gabi le hubiera caído ya del cielo un BMV deportivo, objeto de sus sueños, y a Carola no le faltarían muchos de los modelos de alta costura que salen en las revistas.

Con esto no te estoy diciendo que mis hijos sean unos inconscientes, niños de papá sí, un poco, pero tienen sus estudios y trabajan. Los dos trabajan: la niña hizo Derecho y colabora con su novio Dámaso, en el bufete del padre que es un prestigioso abogado, aquí, en Madrid; el niño se licenció en Ciencias de la Información. No ha tenido, por ahora, tanta suerte como Carola, a la que se lo han dado hecho. Su ilusión es dedicarse al periodismo deportivo, de momento está en una editorial haciendo informes de lecturas y traducciones de novelas inéditas que, en ocasiones, dice, es un trabajo que le incomoda porque no da por buenas ciertas estructuras y tiene que reprimir la tentación de variar algunas formas de narrar de motu propio, con el consiguiente peligro de perder su puesto en la editorial.

Tus nietos, como la mayoría de los jóvenes, viven en pareja, esto es parte de los cambios que han habido desde que te fuiste, a los que, por extraño que te parezca, te hubieras adaptado.

La novia de Gabi: Olivia, es un poco mayor que él y médica pediatra de profesión en un hospital madrileño.

Respecto a tu nieta hay una cuestión que me inquieta, pero antes de hablarte de ello, tengo que hacer averiguaciones.

Tranquilo papá, no estoy espiando. ¿Quién no quiere saber un poco más de los hijos? Es que ya no te acuerdas de lo preocupado que te mostrabas por nosotras, y más en aquellos años, cuando las niñas no podían ser como los chicos. Creo que sabías más de mí que de Irene; yo era más… trasparente. Mamá nos había dejado demasiado pronto. Yo fui tu apoyo, supe que, a mis ocho años, tenía que protegerte.

Después, te llegó el turno y fuiste mi padre y mi madre.

Hubo una época en que podía leer tus pensamientos como si fueran míos, eso pasó, desapareciste, y he aprendido que ya no puedo contar contigo.

Ahora oigo tu silencio y me queda tu sombra.

Vienen a buscarme. ¡Ah! Pensabas que estoy sola. Te equivocas, pero esa es otra historia.

Te dejo, se me hace tarde.

Paulina

Perdona papá, tendría que haberte hablado ya de Paulina, tu segunda mujer. Supongo que estarás deseando saber qué fue de ella una vez que te fuiste. Tratando, como estoy, de recomponer recuerdos familiares, no había reparado en la buena de Paulina y es mucho lo que le debemos. En lo que a mí se refiere no tengo nada que reprocharle, fue dulce, prudente, sencilla y elegante; y para ti, me consta, que una excelente compañera.

En una ocasión me dijiste que no te habías enamorado de ella a la manera que lo hiciste de nuestra madre, que te había conquistado su serenidad, de la que andabas escaso por entonces, su agradable presencia y otro tanto sus buenas intenciones; dijiste que ella pretendía, como tú, hacer más llevadera su viudez.

Destaco en ella, sobre todas las cosas, el papel protector que ejerció con tus hijas, que no eran las suyas, y el absoluto convencimiento de que no llegaba a nosotros usurpando el rol de madre. Madre solo hay una, y viva o muerta, la madre, o su ausencia, precisa los contornos de nuestra propia vida.

Me voy por las ramas, me enredo con las palabras, las uso terapéuticamente, no en vano soy psicóloga. Y tú estarás deseando saber qué fue de Paulina.

Se marchó, papá. Decidió irse con su hijo mayor, el que vive en Orense, a esa finca hermosa llena de árboles frutales y aquellas praderas verdes, salpicadas de vacas pintas que daban leche a cántaros. Como se suele decir: lejos del mundanal ruido. Yo creo que hizo una buena elección: dos maridos muertos y el cansancio de los años en los huesos, le llevaron allí arriba, más cerca de Dios. Ya sabes lo profundamente religiosa que es ella.

¿Qué te parece?, supongo que te hubiese gustado que se quedara cerca de nosotras, que ejerciera de abuela con tus nietos, tus cinco nietos.

Hubiera estado bien, pero había que respetar su voluntad.

Ahora ando muy liada, pero te prometo visitarla en primavera.

Me doy cuenta de que soy malísima dando noticias, voy a salto de mata. Debe ser deformación profesional: decir aquello que primero te viene a la cabeza para analizarlo, no obsesionarse con el orden ni las fechas, eso les recomiendo a mis pacientes.

Digo esto porque he contado cinco nietos y tú te quedaste en los cuatro primeros. No llegaste a conocer al pequeño de Irene, el pequeño, que ya tiene catorce años, se llama Néstor, nombre un tanto absurdo que define a su mamá, pero he de reconocer que es, de todos los niños de la familia, el que más se parece a ti, físicamente es tu vivo retrato; lástima que le vea tan poco; me gustaba tanto mirarle: sus ojos, su manera de andar y mover las manos al hablar. ¡Vaya! Parece que me he adelantado, no quiero hacerte sufrir, quiero retrasar el momento. Supones, y supones bien, que algo ha debido pasar entre tus dos hijas para que yo no vea a mi sobrino, pero me da pereza hablar de eso y, el solo hecho de pensar en ello, me pone en un estado de estrés que me descoloca y empiezo a somatizar una serie de síntomas que dificultan mi actividad. En casa del herrero el cuchillo es de palo, como tú bien decías. No he sido capaz de resolver personalmente el conflicto que me produce la situación creada entre Irene y yo. Lo dejo para otro día; hoy no quiero cambiar de humor, estoy feliz: alguien viene a buscarme y tengo que estar presentable, no quiero abrir la puerta con chándal y el pelo recogido en una coleta. Voy a ponerme guapa de la muerte, perdona, es una tonta manera de hablar que tenemos ahora.

Te quiero papá.

Álbum de fotos

Es domingo. Tengo una tarde por delante para descansar, te llamo. Pongo música de fondo, una grabación que uso con mis clientes: acordes melodiosos, trinos, el sonido del agua, a lo lejos; enciendo una vela perfumada, miro la llama, descubro una pequeña lengua azul en su interior, me hipnotiza. Estoy en mi butaca preferida (la tuya, tapizada y retapizada).

He cogido el álbum de fotos: está encuadernado en piel de color granate y las letras son doradas, de trazos elegantes. Tengo la misma disposición que cuando voy a ver una película de las que hacen llorar. He certificado ya que tengo tendencias masoquistas, lo supe cuando me psicoanalicé yo misma. A veces me alimenta llorar, (sigue lloviendo, recuerda: es otoño) lo que no quiere decir que no me apasione reír, eso da vida pero, como me ocurre con las películas de humor, solo aprovecho el momento hilarante de la risa, no queda nada después; prefiero las historias profundas que tocan el alma, esas, se quedan y te enseñan a vivir.

Veo las fotos, algunas todavía en blanco y negro, ocultando los días amarillos del verano y el azul verdoso del mar en los días de playa. Os veo, nos veo a los cuatro, felices, ignorantes todavía de los estragos que harían mella en nuestra pequeña y maravillosa familia, cuando mamá era la de verdad, y tú un galán de cine; cuando yo miraba, embobada, a mi hermana mayor tratando de imitarla.

Existíamos, pero no estábamos tocados por la propia vida. La vida te seduce, después te engaña…

Te miro, papá. Me pregunto cómo se puede resistir una mirada a la que ya no se puede responder.

Se rompió el orden…

La continuidad, sin pausa, me ha traído hasta aquí, y la prisa por vivir, el torbellino que me ha ocultado los hermosos días del pasado, cuando todo era nuevo y se estrenaban los colores, y la lluvia solo era una excusa para correr gritando; cuando no existía en mí la sospecha

de los cambios que vendrían con la adolescencia. Aquellos días… dónde se quedaron.

Este es el álbum de la felicidad porque selló sus páginas cuando dejó de existir la actriz principal: esa dama, de cuya belleza dan buena cuenta estas fotografías, que se fue tan joven que sigue siéndolo: aquellos enormes ojos color melaza, y la sonrisa tan blanca, eterna sonrisa…

¿Quién iba a hacer fotos después?, ¿acaso tú, Irene o yo nos ocupamos de recuperar la cámara?, ¿qué íbamos a fotografiar?, nos faltaba la luz.

Se cerró el álbum. Hay otro, naturalmente, con bebés rollizos, preciosos niños soplando velas de cumpleaños y bla, bla, bla… Ese es el álbum de la experiencia.

Sé que habrá otro todavía, aparte de videos con voz y sofisticados soportes. Ya, para entonces, no seré la misma, pero ¿quién dice que no habrá belleza?, han cambiado para mí tanto los conceptos que ahora sé que la verdadera belleza no se deja fotografiar. Alguien dijo: *La belleza es ese grado de lo terrible que aún somos capaces de soportar* ¿Has oído una tontería semejante?, o quizás lo dijo un sabio…

Los sabios saben que no saben nada. A propósito de esto, a ti puedo decírtelo sin sonrojarme: creo firmemente que he encontrado un camino, de tantos como llevan a la sabiduría; he acumulado experiencias y tengo pericia para sortear las dificultades; trato de no malgastar los días, y no me canso de aprender, quiero saber más, saberlo todo. El día que no sienta curiosidad por lo nuevo, ese día, estaré muerta, como si lo estuviera.

Soy la misma de entonces, pero con más luz.

Suena el teléfono, se rompe el silencio, reacciono, hasta me sorprendo de que no esté la línea ocupada con mi llamada a la eternidad. Se desvanece la magia, el sonido del timbre encubre las notas musicales y hasta la vela encendida parece que va a apagarse.

No te vayas, mantente a la espera:

—¿Inés?

—Hugo ¿eres tú?

—Sí, me dice Mateo que si te apetece pasamos a recogerte para ir a cenar al japonés que te gusta, ¿o tienes planes?

—Lo siento Hugo he quedado con un amigo.

—¿Y si vamos los cuatro? —me pregunta la pareja de mi ex marido después de un silencio.

—No sé, no me parece buena idea. Aún nos estamos conociendo, quizá en otra ocasión.

—Os estáis conociendo, eso me suena bien, ¿es lo que pienso?

—Es posible —le digo con la absurda intención de dar celos a mi ex.

—Me alegro, nos alegramos, me dice Mateo. Otro día será. Chao Inés.

¿Qué te parece papá? Que sí han debido cambiar las cosas, ¿verdad?

Ya te dije que tenemos buena relación con ellos y que Hugo, además de no parecerme incómodo, me cae bien y me ha contagiado su manera natural de ver las cosas. No ha permitido que se rompa la relación con el padre de mis hijos y seguimos siendo una familia, aunque no puedas entenderlo.

Respecto a mí, que sí, que salgo con otro hombre, que aún no somos pareja en el amplio sentido de la palabra pareja, pero que me gusta y que yo le gusto a él.

Ya está, ya lo he dicho.

Espero que te alegres de que tenga preparado el tercer tomo del álbum de mi vida, y de que por fin pueda saber qué es la pasión.

Hay cosas que me da un poco vergüenza contarte, al fin y al cabo eres mi padre y a un padre no se le cuentan ese tipo de cosas. Te salvas por la distancia. A veces la distancia, en este caso, los años luz de lejanía, me ayudan a ser más directa, más sincera. El tiempo se lleva consigo los prejuicios y el pudor. Ahora, tu ausencia me hace sentir cuánto te quise, y me arrepiento de no habértelo dicho a la cara, suerte que tú lo sabías, igual que sé, aunque me esté mal el decirlo, que yo era tu hija preferida.

¿Que Gabi es mi preferido? Ahora no lo creo, eso solo lo sabré después de muerta.

¡Hay que ver lo que me gusta hablar! Hago tanto hablar a mis pacientes, escucho tanto, que cuando cojo el hilo deshago la madeja.

Les provoco para que hablen, para que se cansen de hablar. Por el poder curativo que tienen las palabras.

Ya sé que quince años son muchos años para no haberte dirigido ni una palabra. Pensaba en ti, mucho, pero sin palabras. Ya te he dicho lo ocupada que he estado y, tal vez me parecía más cómodo no dar forma a los pensamientos; no poner sonido al dolor sordo de tu despedida. Pero ahora me alegro tanto de hablarte, de hacer realidad la locura de llamarte por teléfono. No es preciso que te diga: de esto, ni una palabra a nadie, será un secreto entre los dos. Por tu parte no hay problema, y por la mía comprenderás que no lo voy a ir diciendo por ahí.

Me imagino lo que pensaría Juan Diego. Se iría al garete nuestra Sociedad. ¿Dónde se ha visto una psicóloga clínica que tenga línea directa con el más allá? Probablemente mi socio me aconsejaría que pusiera un consultorio de Parapsicología, y me miraría de esa forma que él mira a los que están realmente enfermos.

Pero yo estoy mejor que nunca y quería contártelo, aunque para eso tenga que darte algún disgusto. Ya comprenderás: la ley de causa —efecto, y cómo precisar lo que es la alegría si no tuviéramos la referencia de la tristeza; qué sería del blanco sin el negro.

Se me vienen a la mente, en este momento, unas palabras que he leído en alguna parte: *Si habla el corazón es de mala educación que la razón le contradiga.*

Pues eso mismo.

Hasta pronto papá.

Freud

Perdona si hace días que no te llamo.

Se me ha acumulado el trabajo y llego a casa cansada, sin ganas de coger el teléfono.

He tenido varios casos delicados que atender en la clínica, en especial uno de ellos que ha requerido sesiones diarias con la paciente.

Recuerdo cómo te interesabas por los casos clínicos que yo te contaba cuando estudiaba la carrera, y después, cuando hacía las prácticas.

Este que refiero se trata de una mujer joven que acude a mi consulta a raíz de un artículo que publiqué en la revista con la que colaboro.

El artículo en cuestión giraba en torno a la interpretación de los sueños basada en la teoría freudiana: de cómo el terapeuta interpreta los símbolos oníricos, o imágenes que aparecen en los sueños, cuyas abstracciones verbales hay que traducir al consciente. Apuntaba igualmente cómo el inconsciente enmascara los deseos negativos más ocultos por medio de desplazamientos, cambiando unas imágenes por otras. Esto sucede por la represión que ejerce el consciente hacia las inclinaciones oscuras de nuestro otro yo, y el laborioso trabajo del terapeuta está encaminado a descifrar esos códigos para ayudar a la paciente en su crecimiento personal.

Mi clienta, que había leído el artículo, consiguió identificarme y acudió a mi consulta.

En su primera visita me informa de que tiene un sueño, que se repite periódicamente, en el que ve un pequeño círculo brillante caer al suelo y desaparecer bajo la tierra, que despierta con sensación de angustia y que, esta, la mantiene apesadumbrada durante el día. No comprende el significado de su sueño y se somete a la terapia para resolver el conflicto.

En este caso no trabajé con el método clásico del diván, si no que adopté el procedimiento actual que denominamos: el cara a cara, en el cual se crea una relación de empatía entre el psicólogo y el paciente.

Este método permite una postura más activa del analista que puede preguntar e, incluso, aconsejar si fuera necesario.

Ya en la primera sesión obtengo información relevante: la mujer se ha divorciado recientemente por decisión propia y en contra de la voluntad del marido, por lo que se procede al divorcio después de un litigio largo y costoso.

En la actualidad ella se siente, en cierto modo, culpable y no encuentra la manera de liberarse para comenzar otra vida con una nueva pareja.

Después de dos semanas conseguimos descifrar los símbolos que aparecen en el sueño: el aro es un anillo que representa su matrimonio, y la desaparición del mismo, bajo tierra, nos está indicando su deseo oculto de que el ex marido muera para dejarla el camino libre de obstáculos.

Una vez resuelto el enigma queda la tarea de recomponer el estado mental de la paciente para reconocerse, tanto en sus virtudes, como en sus tendencias primarias más oscuras.

El conflicto queda resuelto cuando desaparece el sueño, con la ansiedad que provocaba en la mujer, y asimila que hay otro yo, paralelo a nuestra propia personalidad, que no conocemos y que debemos aceptar, a sabiendas de que se le puede dominar o aceptar, en todo caso sin prejuicios, para crecer como individuos mentalmente sanos.

Un paso más, largo y costoso, sería el psicoanálisis, una terapia eficaz que debemos a Sigmund Freud y que trata de buscar, en nuestros primeros años de vida, los orígenes de las actuales tendencias negativas que nos crean desajustes psicológicos incomprensibles, y cómo sería posible resolver un problema sin entenderlo.

Todos, unos más, otros menos, tenemos una parte oscura en el subconsciente que se manifiesta en nuestros sueños, para hacernos posible cumplir los deseos que reprimimos conscientemente.

Como ves, papá, soy una defensora de la orinomancia (interpretación de los sueños) y presumo de ser una profesional muy aceptable en esa especialidad, soñando los sueños de otros, lástima que no tuviera noticias de los sueños de Mateo para haber comprendido lo incomprensible.

En este país estamos aún muy lejos de aceptar con normalidad el apoyo que ofrece la Psicología y la Psiquiatría. Y eso que, después de

estos años, te aseguro que son muchos menos los que rechazan estas prácticas saludables para la mente y el espíritu, pero del espíritu qué te voy a decir yo que tú no sepas. Y cómo podría hablarte ahora si no fuera por la fuerza de la mente, o la energía, que se transforma pero no muere.

Apenas he colgado y ya vuelvo a tener dudas sobre mi última consideración, qué sabemos del poder de la mente…

La teoría la tengo aprendida, pero…

Álvaro

¡Hola papá!

Esperaba tener tiempo para ponerte en antecedentes sobre la persona con la que estoy saliendo. Ahora se dice así: estar saliendo. Es el término para designar una relación de pareja que no conlleva, necesariamente, el compromiso de unos novios que van a casarse.

Ser novios, está un poco en desuso y se reserva para las relaciones muy consolidadas que terminan en boda, aunque también vale para los que deciden vivir juntos, sin más, como por ejemplo tus nietos.

Yo estoy saliendo con Álvaro. Es probable que nunca diga que somos novios, aunque decidamos, en algún momento, convivir en la misma casa.

Vivimos al ritmo de los tiempos, y los tiempos nos cambian, quizás no lleguen a alcanzar los principios más sólidos de cada uno de nosotros pero, indudablemente, modifican nuestras conductas.

Te avanzo todo esto porque, por ahora, no tengo intención de volver a casarme, lo tengo muy asociado a un juego de artificios que, como los fuegos, se queda en nada, cuando no, en una farsa. Dieciocho años, sustentados por la apariencia, son demasiado tiempo, incluso para mí que fui relativamente feliz.

Ahora vivo en una casa nueva, no la que tú conociste. Después del divorcio los niños y yo nos quedamos en el piso pero, cuando ellos se fueron, decidimos venderlo. Yo no quería tanto espacio y Mateo se fue con Hugo a un chalet en los extrarradios pijos de Madrid, (pijo es una palabra que ya se usaba en tu época, creo).

Mi apartamento es un ático con vistas al parque Santander. ¿Recuerdas que te gustaba leer el periódico en ese parque?

Siempre quise vivir en un ático, en el centro de la ciudad, sobre los tejados, por encima del bullicio urbano pero separada de él por un ascensor y no por kilómetros que nos distancian de las urbanizaciones de chalets, adosados y pareados.

Mi casa tiene menos metros que la propia terraza, donde tengo innumerables plantas con flores y una fuente por la que rueda el agua.

Mi jardín urbano tiene un sistema de acristalamiento que me permite disfrutarlo también en los días más fríos de invierno. Ver caer la lluvia sobre mí, sin mojarme, y hasta la nieve, en las escasas ocasiones que aparece en Madrid, me produce una sensación casi mágica. Te aseguro que es un privilegio.

Cuando llega el buen tiempo, mi jardín de las nubes, como yo le llamo, permanece descubierto y ando descalza por el pavimento rústico, de barro cocido, cálido y poroso que me acerca a la tierra; y riego las flores, y las hablo, como me enseñó Paulina, y revientan los colores, y se expanden las fragancias con violencia.

Y, cuando llega la noche, prendo mis faroles con luz amarilla y enciendo velas, y me pongo a leer o a escuchar música bajo un techo de estrellas, tumbada en mi hamaca de mimbre o meciéndome en el balancín. A veces invito a mis amigos a cenar y pasamos unas veladas que no tienen nada que envidiar a otras que se celebran en lugares glamurosos.

Me pierdo entre las palabras, divago, eso pasa porque tú escuchas y no contestas. Mi vano deseo de escucharte…

Te estaba hablando de Álvaro. ¿Qué cómo es él?

He aprendido a no excederme en elogios acerca de alguien que me gusta, por la sencilla razón de que al hacerlo con Mateo fue mayor mi decepción. A propósito de esto, han sido más de uno los que, sin decírmelo expresamente, han pensado que una buena psicóloga no puede caer en errores de apreciación personal tan grandes como para ser sorprendida por la verdadera personalidad del hombre con quién convive.

En mi descarga tengo que decir que mi ignorancia en asuntos de alcoba fue, esencialmente, la causa de mi confusión. Eso, y mi celo en favor de la fidelidad.

A decir verdad, solo en una ocasión estuve a punto de infringir mis propias normas, tan bien aprendidas.

Fue por los años en que mi pequeño Gabi ya estaba escolarizado, como su hermana.

Yo acababa de ser contratada en La revista. Se dio el caso de que llegó a la Redacción un nuevo socio capitalista de la empresa. Era un *gentleman* demasiado atractivo como para pasar desapercibido. Tenía, y supongo que así será todavía, su propia isla en las Vírgenes inglesas donde había instalado un observatorio. Era un apasionado de la Física cósmica. A mí me acababan de encargar un artículo sobre la influencia del Zodiaco en los caracteres humanos.

Edward Allison, así se llamaba, se interesó por mi trabajo y, evidentemente, por mi aspecto, del cual tú has sido testigo, y en cierto modo responsable genético: siempre estuvieron todos de acuerdo en que Irene era una copia de mamá y yo me parecía más a ti. En este aspecto reconozco que tanto monta, monta tanto…

Resumiendo, Edward y yo entablamos una relación amistosa que nos llevo a encuentros, más o menos íntimos, en ciertos restaurantes distinguidos: cenas, copas y algún que otro paseo, siempre con el pretexto del trabajo: la influencia de sus astros y mis conocimientos psicológicos; pero lo cierto era que nos gustaba estar juntos y hablar de cualquier cosa, tanto en inglés como en castellano.

¿Qué si lo sabía Mateo? Lo sabía de cierta manera, pero no fui pródiga en explicaciones al respecto. Era consciente de que nuestra relación tenía componentes de atracción sensual por ambas partes pero, al mismo tiempo, estaba segura de controlar la situación y no dar un paso en falso. Me dejaba llevar por sus atenciones, el delicado trato, su atractivo masculino que, para ser sincera, me llevo a fantasear, soñando con otras posibilidades amatorias que yo, entonces, solo intuía por razones ya obvias.

Al final, a punto de aceptar un viaje a su isla, con el pretexto de observar la vía láctea, tuve la voluntad suficiente para poner punto y final.

—Edward, tengo dos hijos y un marido estupendo. Mi familia funciona y no quiero perder todo eso.

—Hubiera sido maravilloso, mi querida Inés.

Para más, tuve que cargar mi recuerdo de él con más cualidades de las que le suponía: era guapo, elegante, culto, condenadamente rico, integro, respetuoso, divorciado, sin hijos, creativo y con el punto justo de romanticismo como para embrujar a cualquier mujer.

No volvimos a estar solos nunca aunque, en ocasiones, nos encontramos en La revista y nos saludamos educadamente, yo con ese

regusto a *Godiva y Moë Chandon*, y las imágenes borrosas de un zapato de cristal perdido para siempre.

Hoy, todavía, me viene a la memoria aquel cuento de hadas como princesa de una isla, y ¿sabes que te digo papá? Pues que hice lo que debí hacer en aquel momento, aunque mucho después no estuve tan segura de mi decisión.

De cualquier forma, me siento afortunada por haberme asomado al castillo de un cuento apto para niños.

He vuelto a irme por las ramas. Se trataba de que hoy te hablaría de Álvaro y, no sé si por asociación de ideas o por traición de la memoria, te he contado mi historia con el inglés.

Álvaro llamará a mi puerta de un momento a otro y aún tengo cosas por hacer. Prometo hablarte de él en mi próxima llamada.

Hasta pronto papá.

En traje de baño

Lo prometido es deuda: hoy toca hablar de Álvaro, el segundo hombre en mi vida. Por cierto, el hecho de que solo sumen dos los hombres que he conocido íntimamente es algo que tengo que reprochar, en parte a ti y en parte a aquellas décadas en las que me educasteis. De haber venido al mundo más tarde (algo que no podemos elegir) todo hubiera sido diferente en mi vida, y en la de Mateo, por supuesto: la represión moral y religiosa con la que comulgabais los mayores y que nos trasladabais a los hijos, sobre todo a las hijas, en forma de absurdos valores, excesivamente rígidos, fue el clima en el que crecimos los más dóciles, hijos de familias respetables.

A veces confundida, pero siempre dispuesta a observar las reglas, llegué al matrimonio como se esperaba de mí: inocente, virgen y tocada por un romanticismo desmesurado al más puro estilo de Bécquer y Campoamor.

Mi actual amigo con derecho a roce, como se dice ahora. ¿Qué te parece una expresión ordinaria?, a mi me parece un término muy claro para una relación como la que tengo con Álvaro. Pues, bien, él es el hombre con el que me he realizado en algunos aspectos relativos a la más estricta intimidad.

Nos conocimos hace poco más de un año. La primera vez que nos vimos los dos estábamos en bañador, una circunstancia que deja poco espacio a la imaginación, en cuanto a presencia física se refiere.

Estaba yo por aquellos días apurando el sol del verano: ya había entrado septiembre, pero lo hizo de puntillas, apenas si me di cuenta. Permanecía aún en la casa de la sierra.

El día que nos encontramos, yo había bajado a la piscina para nadar y allí estaba él. Era ya tarde y apenas quedaba gente en el recinto.

Se me cayó un pendiente al agua. Estuve buceando para encontrarlo sin éxito. Iba él a bañarse cuando se ofreció a ayudarme, y lo encontró:

—Aquí tienes —me dijo con mi pendiente en la mano.

—Te lo agradezco, eran de mi madre y no me hubiese resignado a perderlo. Gracias.

—De nada. Me llamo Álvaro. —Y me tendió la mano.

—Yo, Inés. No te he visto nunca por aquí.

—He venido muy poco. Tengo unos amigos en la urbanización.

—Pues me alegro de que estés aquí hoy —añadí—: lo digo por el pendiente.

—Yo también me alegro, y no solo por el pendiente.

Estuvimos nadando. Salí del agua antes que él y me tendí al sol para secarme. Procuré no mirarle dando por zanjado el encuentro.

Se acercó a mí para despedirse. Me levante, nos dimos dos besos, como si fuésemos amigos de antes. Se había puesto una camisa y unas gafas de sol. Me pareció muy atractivo: más alto que yo; estaba moreno y su pelo mojado parecía muy oscuro.

—Gracias otra vez, Álvaro.

—Nos vemos, Inés.

Solo había dado dos pasos en dirección a la salida cuando se volvió:

—¿Nos vemos, no?

Mi desconcierto y una sonrisa tímida fue la respuesta.

—Bueno, si quieres —dijo.

—¿Por qué no?

Intercambiamos nuestros teléfonos.

Seguí tumbada al sol, nadie me esperaba en casa: los chicos se habían ido unos días antes y yo me había quedado una semana más apurando mis vacaciones.

Recuerdo: la caricia del sol de las tres de la tarde, y mis buenos presagios, hicieron que me sintiera renovada; me alegré de tener la piel morena y pensé que era atractiva y que le había gustado a Álvaro. Después pensé que él también me gustaba y que parecía educado, y que andaría por los cuarenta y tantos, aunque no tuviera barriga y su pelo fuera abundante.

Cuando subí a casa estaba decidida a salir con él si me llamaba: ¡por favor, por favor, que me llamase!

Y me llamó a los tres días. Pasado un tiempo me dijo que estuvo tentado de llamarme ese mismo día y que se contuvo. Me confesó que había estado indagando sobre mí con sus amigos. Cuando marcó mi

número ya sabía que estaba divorciada, que tenía la casa más bonita de la urbanización y que mi marido se había ido con otro.

Cuando descolgué el teléfono, recordé el sueño que había tenido la noche anterior: había sido un sueño erótico, el chico no tenía cara, como tantas veces ocurre en los sueños, pero yo estaba segura de que era Álvaro. Me sentí un poco avergonzada al recordarlo tan vivamente, y nunca, nunca, después, se lo he contado a él.

Esos fueron los comienzos. Ha pasado un año y nuestra relación ha ido progresando en amistad, en confianza y en atracción.

Resultó que Álvaro también estaba separado, pero su divorcio no fue tan traumático como el mío, entre otras cosas, porque no dejó hijos y su mujer, que es irlandesa, ha desaparecido del mapa.

Puedo decirte, papá, para tu tranquilidad, que mi vida se va recolocando, y que de lo pasado solo conservo lo positivo. Esto es posible porque no he tardado mucho en encontrar otro camino, y porque mi éxito actual no está relacionado con ninguna renuncia que pudiera hacerme dudar de mi decisión, porque todo me vino rodado y, en el fondo, creo que la sorpresa que desbarató mi matrimonio me liberó de ciertas carencias que ahora me colman y vienen a llenar el hueco de deseos incumplidos, tímidamente esbozados.

Creo que siempre hay otra vida posible que se pierde por error o por ignorancia, y el encontrarla supone una oportunidad para realizarnos.

Estas son las cosas que les digo a mis pacientes y ya iba siendo hora de aplicármelas.

Rocco

Retrasaba el momento, pero tengo que darte una mala noticia. Se trata de Rocco, tu perro.

Apenas te sobrevivió unos meses, a pesar de que le cuidamos cuanto pudimos. Fuimos esencialmente Mateo y yo quienes nos turnamos para subir a la casa de la sierra dos veces por semana: le poníamos el pienso y tratábamos, sin éxito, de sacarle a pasear por el campo, pero era evidente que hacía el duelo por ti con nosotros.

En un principio, cuando llegábamos con el coche, salía corriendo a recibirnos: te buscaba, para deshacer después sus pasos con las orejas gachas y una tristeza infinita en sus inmensos ojos pardos, tan humanos.

Rocco no tenía capacidad para comprender lo incomprensible: su amo había desaparecido de la faz de la Tierra y él se sentía desamparado. Ninguna de nuestras caricias le animaban, y no se volvió a mostrar alegre ni obediente, ni siquiera fiel a nosotros. Era como si se hubiera encerrado en un pequeño círculo en torno a él mismo.

Apático y desganado, un día debió de comprender, con su inteligencia de perro, que tú ya no volverías: dejó de comer y se abandonó para dormir eternamente.

Como fantasear es gratuito, yo pensé entonces que se fue a buscarte a ese lugar de nunca jamás volver, y le he imaginado cientos de veces a tus pies, meneando el rabo y con las orejas atentas a tu voz para obedecer las órdenes que le dabas, siempre teñidas de amistad. Por algo se dice que el perro es el mejor amigo del hombre. Después de conocer a Rocco ese tópico dejó de serlo para definir, fielmente, ese vínculo entre vosotros dos.

Puestos a contar historias increíbles que quisiera creer: tú no necesitabas que yo te diera esta mala noticia, por la sencilla razón de que ya lo sabías.

Liberar palabras

Vuelvo a llamarte. Te llamo para descansar de mí. Te llamo con el convencimiento de que tú, precisamente tú, eres el mejor destinatario de mis palabras en estos momentos. No solo lo hago para contarte noticias o para informarte de tanto como aconteció durante los años sin ti.

Hoy no.

Hoy necesito que me escuches. No quiero respuestas porque no haré preguntas. No quiero los consejos que no puedes darme ni recordar siquiera los que me diste, cuando tu prudencia apenas si los apuntaba pero tú eras el espejo donde mirarme.

Hoy quiero desbordarme a borbotones en palabras. Liberarme de esta sensación que, tantas veces, produce mi mente afanosa de estar repleta, rebosante de impresiones con matices contradictorios, de sospechas, sueños y deseos; risas incontenibles, frustraciones mal curadas y cicatrices; pensamientos que quedaron prendidos, inolvidables, imágenes que traspasaron la línea del subconsciente, pendientes de un significado racional; temores, sabores y colores con y sin nombre propio; versos sueltos, poemas enteros de otros, siempre de otros, por mi falta de talento; espectros difíciles de nombrar, sombras y luces. Todo cuanto la memoria es capaz de guardar. Una carga pesada, preciosa, que me constituye y da forma a mis propios contornos.

Soy Inés, tu hija.

En días como hoy estoy saturada; algo se desborda, se rompen los diques que me hacen parecer equilibrada y tengo necesidad de hablar y hablar, sin decir nada, para amainar la presión.

A mis pacientes les enseño a dejar la mente en blanco, a concentrarse en la nada dejando atrás los demonios que les llevaron hasta mí. Pero yo no sé hacerlo cuando se trata de mí. Solo puedo liberarme con las palabras.

Suerte que tengo frente a mí tu teléfono, reluciente, que me invita a hablar y me relaja.

A quién sino a ti podría yo ir contando mis desvaríos, en tardes como esta, sin asumir el riesgo de salir perjudicada con las opiniones de otros. Tú no me traicionarás, no lo harías nunca y no creo, sinceramente no lo creo, que tus actuales condiciones te permitan ir por ahí, entre nubes y estrellas, utilizando palabras para comunicarte, sabe Dios con quién, nunca mejor dicho.

Como puedes comprender, papá, estoy acostumbrada a escuchar, es mi trabajo. Pero, me pregunto quién ayuda a los que nos ayudan.

Tampoco quiero ser injusta, aunque perdí mucho tiempo, como ya sabes, centrándome en un marido que luchaba por su cuenta, y aunque dejé pasar los amigos que hoy serían muchos, dada mi facilidad para abrirme. Hoy tengo, creo tener, por fin, al amigo-compañero-amante que me completa. ¿Cómo voy a quejarme?... o tal vez sí quede un resquicio para el lamento, todavía.

No me quejo, papá. No estoy triste ni demasiado alegre. Te he llamado, como ya te he dicho, para liberar palabras de tantas como se me amontonan. Antes lo solucionaba escribiendo: escribía y escribía, llenaba de tinta hojas en blanco, y me levantaba de la silla con una sensación liviana de haber hecho lo correcto, por no abusar de los amigos cansándoles con mis charlas. Ahora he cambiado de táctica: hablo, te hablo. Me doy cuenta de que ambas cosas me sirven para embriagarme con el lenguaje y me resulta tan reconfortante, tanto más que beber una o dos copas de vino en la mejor compañía, algo que también me otorga la licencia de un placer solo comparable con otros que, aún habiendo llegado tarde a mí, empiezo a saborear.

Tal vez, hoy te estoy aburriendo. Esperarías mi llamada para saciar tu curiosidad, ahora que he recuperado tu número de teléfono; y yo te confundo con todo esto que bulle en mi mente y gira sin precisión, ocasionándome un cansancio espeso que no me deja conciliar el sueño.

Gracias a ti, hoy me voy a la cama ligera para caer en los brazos de Morfeo.

Tu nieto diría: mamá, le has dado la *chapa* al abuelo. Ahora hablan así, y escriben mensajes rápidos en los móviles comiéndose letras. Los jóvenes de hoy les dan tan poco valor a las palabras…

Te quiero papá.

¿Qué no acostumbraba a decírtelo? Es cierto. Y me arrepiento tanto, tanto, de no haber superado aquel absurdo pudor (cuando

fui consciente del significado freudiano de Electra) y otro tanto de vencer la pereza no dando por supuesto lo que necesitamos oír para alimentarnos.

Tampoco mis hijos dicen: mamá te quiero. Me pregunto por qué no lo dicen, ahora que somos tan sabios.

Noviembre

No creo, en absoluto, que hoy sea un buen día para llamarte: noviembre, día de difuntos.

Las connotaciones de esta festividad no pueden ser más lúgubres, pero hasta eso está cambiando. La influencia de otras culturas está empezando a convertir esta fecha en una fiesta: Halloween. Es una especie de carnaval en el que los disfraces hacen referencia a la muerte: calaveras, esqueletos, fantasmas, zombis; todo un desfile fúnebre en el que se baila y se bebe. ¿Se ha visto algo más absurdo? Sin embargo, parece que frivolizar con la muerte la humaniza y de cierta forma, nos congratula con ella; pero estoy muy lejos de celebrar el último acto del gran teatro de la vida: bajar el telón y poner fin a la representación es de una solemnidad que no puede mitigar ni el clamor de unos aplausos.

Dicho todo lo cual, a modo de avance, para ponerte en situación de lo que se cuece por aquí, decirte que no me han gustado nunca los días de: el día de la mujer, el día del niño, de la madre, del padre, el día sin humo, el de una u otra enfermedad, el del orgullo gay (se refiere a los homosexuales), el día de difuntos…

Un día de, pone de manifiesto que el resto de los días que caben en un año son para todo lo demás. Esta apreciación mía no es válida para el día del cumpleaños: es lo único que no conviene celebrar con más frecuencia.

Con todo este alegato no estoy tratando de justificarme si te digo que, en un día como el de hoy, no te regalo flores cómo lo hacíamos con mamá, Irene, tú y yo, cuando acudíamos los tres al lugar donde se escenifica la muerte para poner una nota de color junto a su nombre grabado en piedra.

Las flores sois vosotros. Fue un acierto depositar tus cenizas bajo el magnolio de nuestro jardín, en la casa de la sierra.

Cuando llega la primavera, cada año, y a veces fuera de tiempo, el árbol se cubre de hermosas flores blancas. Tú estás en todas y cada una de esas flores. Y ella... en las estrellas.

Tendrías que ver cuanto ha crecido el magnolio: es hermoso y fuerte. Lo habitan los pájaros y las mariposas de colores. Proyecta una sombra donde, en verano, gusto de poner una hamaca a la hora en que se hace la siesta. A veces me quedo dormida y me despierta una brisa mágica que me despeina, de la forma que tú solías despejar mi frente con la caricia de tu mano poderosa.

Decididamente no puedo pensar en ti como en un muerto. La prueba más clara de esto es que te llamo, y te hablo, y te cuento.

Estoy retrasando el momento de contarte cuál es la situación que vivimos Irene y yo, tus hijas.

Cuando te ibas, entonces, porque se te acababa la vida y no tenías ya más tiempo, y dejabas de parecerte a ti mismo, a punto ya de despedirte de tu propio nombre: mi hermana y yo teníamos asidas tus manos. No sé si pensábamos las mismas cosas, pero estábamos unidos los tres. No sabía lo que pasaba por la mente de Irene en aquellos últimos momentos en que aún vivías, no sé si a ti te llegaba el calor de nuestra sangre o si percibías, todavía, el ritmo de nuestros pulsos en las manos; sí recuerdo, exactamente, como lo estaba yo viviendo: era el dolor, el miedo a no poder atenuar todos los recuerdos, porque eran los recuerdos, lo más valioso que tenía entonces ante lo ineludible de tu desaparición; la lucha contra la resignación por dejarte ir, evitando el llanto; y aquel soplo de aire frío, con olor a lluvia, que se coló de pronto por el resquicio de la ventana, y que traía un presagio, como una nube negra o el vuelo inoportuno de un cuervo, que anunciaba el final de un cuento. Ya entonces tuve la intuición de que la relación entre nosotras estaba a punto de evidenciar las diferencias que siempre existieron entre las dos. Luché por desechar el mal augurio de mi pensamiento, me avergoncé de distraerme con otras ideas que no fueran las de tu despedida; pero una certeza, casi absoluta, de que con tu desaparición se desmoronaría nuestra pequeña familia, hacía presa en mi ánimo a un ritmo vertiginoso y, sin embargo, pausado. La tristeza estaba a punto de convertirse en otra cosa.

Tú también lo sabías:

—Seguid unidas, siempre —nos decías.

—Sí, sí, —decía yo por hacerte el último regalo.

Y miraba a mi hermana, suplicando; pero ella no decía nada.

La odié por aquel silencio, y se lo reproché después de que todo hubo terminado.

—No he querido ser falsa. El saber que podía serlo, me da más valor —dijo, absurdamente, en su descarga.

—Yo no fui falsa.

—Claro, la niña de papá es perfecta.

—Que infantiles son tus celos: era eso.

—No seas estúpida, Inés, pero no te preocupes porque no tengo intención de llevarme mal contigo: nos veremos menos y no habrá muchas ocasiones de discutir.

—Eres un hija de… —me contuve.

—Somos de la misma madre, no lo olvides.

Siento ser tan explícita y quiero pensar que ya nada puede hacerte daño. Necesitaba liberar el veneno. Nunca hablé de aquella conversación con nadie y ahora, al hacerlo, me siento aliviada, a pesar del mal recuerdo.

Hablar, hablar. Los provoco a mis pacientes, hablando se curan, y yo he callado demasiado tiempo. La vergüenza de que mi hermana me odie no es cosa que me haya apetecido contar nunca en toda su crudeza.

¡Bendito teléfono! Tan útil, tan mágico.

Y llegó el tiempo del duelo, nuestro segundo duelo, y no por ello más soportable: una tristeza que me alcanzaba en toda profundidad me mantuvo un tanto desorientada por aquel entonces. Un año, decimos los psicólogos que dura un duelo y, a pesar de todas las herramientas que utilicé para aplacar sus efectos, tuve que dar pasos cortos para ver la salida del túnel, mi túnel; no del tuyo, hacia la luz, (aunque tenemos ciertas referencias coincidentes, aquí, de eso, no sabemos nada).

Recuerdo que, a pesar de mi propia familia: un marido supuestamente perfecto y unos hijos más que normales, me acosaban en la noche infinitas imágenes de la película de tu vida, y supe que me trastornaban más que me consolaban. Otro tanto me mortificaba el ser consciente de los caminos que no recorrimos juntos, aquellas cosas que hube de hacer por ti y dejé pasar por alto.

Con todo y eso, la aceptación de la realidad, después del periodo de negación y el de culpabilidad, como siempre sucede, me aseguré de que mi amor por ti te sobreviviera. Y así ha sido, aunque haya tardado tanto en llamarte: las excentridades, como esta, me las he empezado a permitir con la edad.

No quiero para mis hijos el dolor que les supondrá mi pérdida pero, sin embargo, se me hace insoportable la idea de que mi ausencia no modifique sus vidas y sigan sus caminos como si nada sustancial hubiese pasado. Por eso he querido manifestarte lo que supuso para mí decirte adiós.

Pero te estaba hablando de Irene: ella no dejó siquiera pasar el duelo. Pronto, demasiado pronto, quiso abordar los asuntos relacionados con la herencia. Quisiera, en lo posible, evitar cuantos improperios hacia tu otra hija me vengan a la boca y, solo desde la objetividad, referir como se desarrolló ese episodio negro que, como en muchos casos, desafortunadamente, acaba con la unidad de muchas familias, también con la nuestra.

Pero de todo se aprende, y esto lo digo porque ni Mateo ni yo cometeremos el error de dejar nuestros bienes genéricamente por igual a Carolina y Gabriel, como tú hiciste con nosotras. Las propiedades son indivisibles, las tasaciones oficiales están desprovistas de apreciaciones sentimentales que ponen o quitan valor a las cosas, los intereses de los herederos, en ocasiones, demasiadas ocasiones, coinciden y se producen roces que pasan a ser discrepancias y, muy frecuentemente, se convierten en desavenencias que suelen degenerar en odios de por vida.

No quiero exculparme ni inclinar el peso de la balanza hacia el otro lado, pero no me engaño si te digo que, en todo momento, obré con buena voluntad y de no haber sido por las malas intenciones de Irene, su manifiesto engaño y su desmedido egoísmo, las cosas hubieran ido bien.

Para ella siempre fui la mala porque se sentía absurdamente celosa. Un sentimiento, el suyo, del todo patológico con el que trata de ocultar las diferencias que nos distinguen y nos hacen únicas como